

mental», como desdeñosamente escribió Rodríguez Monegal alguna vez. Muy al contrario, el análisis de su poesía o de sus cuentos bajo la óptica de la doble otredad realizativa revela un universo filosófico ajustado a su época y, al mismo tiempo, suficientemente profundo como para seguir siendo actual.

Javier de Navascués

MONTALDO, Graciela, *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*, Rosario (Argentina), Beatriz Viterbo, 1993, 142 pp. (ISBN: 845-007-X)

La obra constituye un recorrido por una serie de autores y textos reconocidos de la literatura argentina a fin de indagar en las claves ideológicas que han desarrollado el tema del campo como un signo de identidad nacional. En otras palabras, se ha pretendido mostrar cómo han reaccionado los escritores argentinos frente a una realidad natural que ha acabado por hacerse tradición cultural.

Las interpretaciones sobre el espacio pampeano varían mucho desde las primeras aproximaciones de los románticos hasta las versiones recientes de César Aria o Juan José Saer. Con particular morosidad, el estudio se detiene en autores vinculados a la época del Centenario de la República y las décadas del Veinte y Cuarenta. No es por casualidad: en esa época, particularmente fértil para la literatura argentina, el «modus vivendi» del campo se siente ya como algo pasado, debido a la magnitud modernizadora de la vida en la gran capital, en Buenos Aires.

Al principio, durante el siglo XIX, los primeros textos argentinos de relieve expresan la franca discordancia entre la vida urbana y la rural. No hay posibilidad de encuentro ni de identificación entre una y otra. Si la pampa se concibe como un gran vacío cultural, el reto de los escritores románticos argentinos será llenar ese vacío en el futuro de alguna manera: es decir, modificarlo según los patrones europeos. Sólo a fines de siglo la obra de Joaquín V. González comienza a crear el mito del paisaje y del hombre que se funde en él: el gaucho, hijo legítimo y original de la pampa.

Ya en pleno siglo XX el campo se vincula a la interpretación de la literatura gauchesca. Así lo hacen Lugones, Ricardo Rojas, Borges o Martínez Estrada. La razón se encuentra en las singulares transformaciones que, junto al impulso modernizador de la cultura urbana, se manifiestan en la invención de una tradición rural. El pasado «crea en la cultura argentina no tanto (o no tan sólo) una “modernidad incompleta” que comparte con el resto de los países de Latinoamérica, sino más bien un perfil particular, cuando introduce lo nuevo pero mantiene alguna forma de su tradición» (21).

Así, Leopoldo Lugones, en pleno cosmopolitismo modernista, quiere dar carta estética al mito gaúcho en *El payador*, así como destacar del *Martín Fierro* su valor esencialista, permanente y perdurable para el pueblo argentino a pesar de que ya no existan los gauchos ni se deba buscar una identificación con ellos. De esta manera en Lugones conviven el exquisito lector y traductor de Homero con el apasionado defensor del poema gauchesco. Es decir, lo culto ya no repudia sino que asimila lo popular y lo hace suyo, porque tiende puentes históricamente con él.

Ricardo Rojas concibe su monumental *Historia de la literatura argentina* sobre el ideal de consagrar en las futuras generaciones el sentimiento de una tradición intelectual propia, alejada de los modelos europeos y centrada en el mestizaje cultural. De nuevo el tema gauchesco se convierte en eje en torno al cual articular una tradición, al mismo tiempo que se insiste en la importancia de la tierra como catalizador de la nacionalidad. Frente a la nada presente de Sarmiento o Echeverría, desierto que es la negación de la cultura letrada, la naturaleza unida al pasado se impone en Rojas como la piedra angular en donde reconocer todo el edificio moderno.

Una postura más escéptica es la de Borges, quien, lejos de reconocerse en las visiones nostálgicas de un Güiraldes, entiende el pasado rural en la medida que éste sirve como fuente de historias. Ahora bien, esto no supone caer en un pintoresquismo fácil. A Borges le interesa no tanto la significación histórica del mito gaúcho, sino la violencia de un pasado que no se aviene a la añoranza ni a la síntesis con otras tradiciones culturales, como pretendía Lugones.

Martínez Estrada vuelve también al tema gaúcho, pero le añade una nota de pesimismo que inevitablemente hace pensar en el progre-

sivo deterioro de la imagen de la tradición rural que se produce conforme avanza el siglo en algunos medios intelectuales. Y sólo en algunos, porque Montaldo apunta el contraste con las reflexiones de Benito Canal Feijoo (117-118) y la situación de marginalidad del discurso de Martínez Estrada. Para éste lo gauchesco es el género legítimo de una tradición que, en realidad, no ha consagrado una serie de valores sino que ha puesto de relieve las injusticias ancestrales, la tensión eterna entre campo y ciudad. Más aún: la literatura no gauchesca es producto de los letrados y, por tanto, mimetización extranjerizante en la que no pueden reconocerse los argentinos.

Se echa en falta un mayor desarrollo en el último capítulo, aquel que hubiera tal vez aportado otras visiones más originales y menos conocidas por la crítica. Los apartados sobre Saer o Aira son novedosos, pero los dedicados a Gironde o Marechal parecen algo insuficientes. Así, la mirada sobre *Adán Buenosayres* y su parodia del nacionalismo criollista a partir de la excursión a Saavedra resulta incompleta si no se trae a colación el drama *Antígona Vélez*, en donde la pampa del siglo XIX adquiere unas dimensiones míticas nada burlescas. El hecho de que esta pieza fuera encargada por la mismísima Eva Perón sugiere un contrapunto a la ironía con que Marechal revisa el tema en su novela.

Por otro lado, tampoco hubiera estado de más haber mencionado la importancia del tema pampeano en algún otro escritor argentino tan relevante como Bioy Casares. Acaso hubiera enriquecido el estudio tener en cuenta lo que supone, por ejemplo, el campo en obras como *Memoria de la Pampa y los gauchos* o en muchos cuentos, en donde se recrea un particular «locus amœnus», perfectamente ensamblable con la formación europeizante del autor. No obstante, el libro de Graciela Montaldo es un repaso útil e inteligente de una cuestión que manifiesta las complejas relaciones entre modernidad y tradición, oralidad y cultura letrada, campo y ciudad en la literatura argentina desde sus inicios. Como marco contextual y como punto de referencia para futuros estudios parciales de otros autores (por ejemplo, los que puedan hacerse sobre Bioy, Marechal, Saer, etc.), las aportaciones que ofrece son sobradamente positivas.

Javier de Navascués